

Debe recurrirse al estiércol como abono fundamental, complementándolo con fertilizantes químicos asimilables. El primero asegura la alimentación continua y normal del maíz durante toda su vida, los segundos sirven para satisfacer sus grandes exigencias en determinados periodos de gran actividad vegetativa.

Si se cultiva dicha planta por su grano, habrá que proporcionarle más potasa y ácido fosfórico, pero menos nitrógeno que si se dedica a forraje verde. He aquí las fórmulas generales más recomendables: Maíz para grano, por hectárea, superfosfato de cal, 300 a 400 kilogramos; cloruro potásico, 125 a 175 kilogramos; nitrato de sosa, 200 a 300 kilogramos. Maíz para forraje verde: Superfosfato de cal, 150 a 200 kilogramos; cloruro potásico, 75 a 100 kilogramos; nitrato de sosa, 300 a 375 kilogramos.

El superfosfato y el cloruro potásico se enterrarán mezclados, por medio de una labor ordinaria, antes de la siembra. El nitrato se distribuirá en la superficie y sin enterrarlo, mitad cuando las plantas tengan 25 a 30 centímetros y mitad un mes después.

Mediante dicho procedimiento, D. Santiago Álvarez, de San Pedro de los Arcos (Asturias), obtuvo la enorme producción de 8700 kilos de grano por hectárea, mientras que en una parcela de la misma tierra no abonada, cosechó 3750 kilos.

JUAN DE CAMPOS.

Canas que salvan

PARECE CUENTO

Erase que se era...

Año 191...; mes, Mayo florido...; hora, las 6 de su tarde próximamente...; lugar, sala de espectáculos de un Casino... Población, la Capital Vallesana...; personajes, un director—digo mal—dos Directores de periódicos, que en aquella localidad ven luz... Edad de los personajes, 55 años uno, 23 el otro.

....Y diz que aquel día—domingo por cierto—en el periódico que dirige el jovencito (llamémosle así) apareció cierto suelto, que súpole a hiel y vinagre a su bilioso colega.

En él se le insultaba (?) según sus amigos decían: en él se le ponía en ridículo, según él afirmaba; y esto, el hombre serio, el Director viejo, el aspirante a ¿qué?... (era un secreto que todo el mundo conocía), no podía tolerarlo, no, y mil veces no.

Se avistaría con quien, osado, tamaña ofensa le infiriera; a él, a todo un autor cómico-lirico-melodramático. ¡¡¡Brrrr!!!

Y dicho y hecho, después de grandes acopios de valor que—probesito—buena falta le hacían, *caló el chapeo, requirió*, etc., y fuese... en busca de su adversario político el Director, chico, quien plácidamente, lejos de suponer el riesgo que su físico corría, deleitaba su espíritu contemplando el arte de Terpsicore.

La entrevista fué trágico-jocunda. El Director viejo, insultó a su colega, le obsequió con una colección de epítetos—poco en armonía con la su seriedad, de la que tanto alardeaba—y por fin al ver la flemática tranquilidad del jovencito, lo conminó para dirimir tal contienda en el terreno....

Con admirable sangre fría, escuchó el Director joven, denuestos y tonterías de su viejo colega, y entonces y sólo entonces acudió al reto recitándole enfáticamente las siguientes estrofas de un nuestro antiguo Romancero:

Non es de sesudos omes
Ni de infanzones de pró
Facer denuesto á un fidalgo
Que es temido mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz,
Prueban en omes *ancianos*
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorias
Que los omes de Leon (1)
Fieran en el rastro á un *viejo*...

.....

REPUBLICANO SUIZO, 2.

Mayo del 1913.

(1) Léase "orrió (Granollers).

CUENTOS DE «LA OPINIÓN»

(DE NUESTRO CONCURSO)

OTILIA Y ERNESTO

I

Era de noche: noche primaveral, poética y placentera, aunque ligeros nubarrones cruzaran el espacio, suavemente empujados por un fresco vientecillo de levante que, al pasar por entre el inquieto, aunque verde y aromático follaje, susurraban armoniosas y delicadas canciones de amor, de amor divino, de amor universal y sensual.

El campo estaba en calma, en plácida calma, turbada tan sólo por la ruín canción de algún grillo importuno o por el rebuzno prosaico de algún indiscreto asno que, en la quietud majestuosa y melancólica de la noche, debía sentir la añoranza de su amada, como la sentía también Ernesto, el joven de arrogante figura

que, como todas las noches, la de autos permanecía embelesado y con los ojos medio entornados, medio abiertos, contemplaba estático la inmensidad del cielo, cuajado de brillantes estrellitas que palidecían al recibir la luz diáfana y blanquecina de la luna, que estaba en cuarto creciente, como podía comprenderse con sólo repasar *El Zaragozano*, calendario que tenía en sus agitadas manos el joven que, como se ha dicho ya, estaba contemplando, completamente estático y circunscrito, la grandiosa y sublime inmensidad del estrellado y altísimo firmamento.

¿Quién era Ernesto, y qué demonios hacía en aquellas horas de placidez y en aquellos severos encontornos? ¿Por qué un joven tan arrogante como él, de distinguidos modales y de frente espaciosa y de tanta cultura estaba allí y se deleitaba leyendo una cosa tan tenue y pueril como es aquel almanaque, propio para nuestros payeses, gente poco culta y bien forrada?...

¡Ah! Quien le hubiera visto brillar en ambos ojos de su faz contrita sendas lágrimas que, cual perlas diamantinas, resbalaban temblorosas surcando sus bien afeitadas megillas, no hubiera hecho semejantes preguntas. Las hadas del bosque circunvecino y las ninfas que se bañaban voluptuosamente, poéticamente en las aguas tranquilas y casi transparentes del estanque, a los dulces acordes del trinar de los ruiseñores, y las aves y pajarillos que revoloteaban a su entorno todas las noches, desde hacía cosa de un trimestre aproximadamente, bien sabían el secreto que hacía latir con violencia el bravo corazón de Ernesto; bien os hubieran podido decir: «¡Oh, eternos e indiferentes caminantes de la vida! las pasiones que agitaban su alma, atormentando dulcemente su espíritu francamente progresivo, aunque algo enfermizo.

¡Ernesto moría de amor! ¡Y quería vivir, tan sólo para amar locamente, recíprocamente!...

II

Otilia, la hija del rico y avaro banquero, azote de los pobres de la comarca y sus alrededores, enfermaba de día en día y no había medio de hacerla salir de casa. Su única diversión eran los paseos solitarios por el jardín de su regia morada. Sabios médicos, ilustres doctores, eminentes galenos eran llamados con urgencia, por telégrafo y por teléfono y por cuantos medios estaban al alcance del hombre en la ciudad, para que retornaran con su ciencia la luz natural de alegría infinita a los ojos tristes de Otilia, la hermosa y única hija del avaro banquero, terror y espanto de los necesitados. De los cuatro puntos cardinales llegaban sin cesar hombres graves, de mirar enjuto, que se habían pasado la juventud quemándose las cejas de los ojos, leyendo y releando las obras maestras de los grandes sabios, para salvar a Otilia de la fría muerte que la acechaba sin cesar, según se desprendía de su cara macilenta y de sus ojos, antes tan hermosos y refulgentes, y ahora tan ojerosos y tristes.

¡Pero, ¡ay! que todo era inútil! Para Otilia sólo había un remedio y este era imposible aplicárselo. Unirla en indisoluble y voluptuoso lazo con un hombre a quien su padre había